

Félix ORTEGA: *El mito de la modernización. las paradojas del cambio social*, Barcelona, Anthròpos editorial del hombre, 1994.

Este libro se propone el difícil reto de la reflexión sobre el tiempo en que vivimos. Objetivo difícil porque la cercanía al objeto de estudio siempre tiende a la involuación en el mismo y oscurece la objetividad, que se exige a cualquier estudio científico y que facilita un cierto distanciamiento temporal o afectivo. El profesor Ortega consigue sobradamente en su libro esa objetividad y distanciamiento, aunque el fin buscado sea complejo, y como tal, arduo. En el prólogo leemos de manera clara cuál es este fin: "Comprender el tipo de modernidad dentro del cual vivimos... mostrar hasta qué punto la modernización española es una mera construcción cognitiva, y hasta qué otro tiene entidad real" (págs. 9-10).

El libro se estructura en cuatro apartados: "Procesos", "Élites", "Formas de vida" y "Legitimaciones" donde se abordan distintos aspectos de la sociedad: la evolución hacia la configuración social del país desde una perspectiva histórica; el desarrollo e influencias de las élites políticas en la evolución social; las formas de vida cotidiana en el grupo social de la juventud; y, por último, las rela-

ciones entre la intelectualidad y los medios de comunicación social. Estos tres bloques —el primero y el segundo se pueden entender como un todo— tratan aspectos relacionados entre sí, pero que a su vez resultan claramente distantes, en especial el dedicado a la juventud.

El primer bloque —"Procesos" y "Elites"— estudia cómo ha sido el desarrollo social de España desde la Edad Moderna hasta nuestros días, centrándose de manera especial en las tres últimas décadas como referente idóneo para los ochenta. El estudio que hace del decenio socialista es clarificador y, al tiempo, de hiriente actualidad. El libro ni trata de política ni se posiciona políticamente, pero hace un análisis de la situación social de la década. Ortega considera que tras la muerte de Franco, el país está dispuesto a avanzar de un modo decidido hacia la modernidad europea, olvidando el concepto igualatorio que para el franquismo suponía desarrollismo con modernidad.

Tras la transición que el autor delimita al período de la UCD llega el cambio político, la normalidad política, con la subida de PSOE al poder. Por primera vez en la historia social de España, las clases medias se convierten en élites políticas. La conversión en élites conlleva en un principio la plasmación de unos ideales que, tras la permanencia continuada en el poder, se han ido sustituyendo por posturas sociales arribistas, corruptas o endogámicas, lo que ha producido el rechazo de una sociedad alejada del devenir político, mostrado en las sucesivas huelgas generales, destacándose la del 88. Para el profesor Ortega, la configuración política en Autonomías tiene también un respaldo, más que en un sentimiento regionalista o nacionalista —salvo Cataluña y el País Vasco— en el deseo de una mesocracia social de convertirse en élite regional con cuotas de poder.

El segundo bloque –"Formas de vida"– nos parece que se estructura de un modo complicado dentro del todo de la obra. Es un apartado eminentemente empírico frente a los otros, que ofrecen componentes teóricos de más profundidad. La muestra de los usos, costumbres y gustos del estrato más joven de la sociedad es el fin de estos capítulos. Evidentemente, poseen un gran interés en cuanto desarrolla sus comportamientos sociales actuales y permite avanzar algunos futuros como ejemplos claros de la modernidad española, al menos cronológica.

El tercer bloque –"Legitimaciones"– es el que centra nuestra atención de forma prioritaria. Tras la reflexión de la modernidad política, tras la reflexión de la modernidad social, le llega el turno de reflexión a la modernidad intelectual. Estos capítulos intentan esclarecer la labor del intelectual en la sociedad contemporánea. Si definir el papel del intelectual, si justificar su existencia o comprender su esfuerzo es siempre una tarea laboriosa en la modernidad se convierte en algo complejo ante los nuevos usos sociales.

El libro se centra en el intelectual universitario y por tanto en el saber universitario. Hubiera sido tal vez conveniente una ampliación de miras y, también, unas notas sobre el desarrollo histórico de la figura del intelectual, no limitadas a los últimos treinta años.

Estos capítulos enfrentan al intelectual y su saber universitario contra el periodista y su saber divulgativo y mediático. La Universidad ofrece un saber a las élites o, al menos, un saber elitístico frente al saber divulgativo que ofrecen los *mass-media*. Universidad y medios de comunicación aparecen enfrentados a finales del siglo. Son dos instituciones condenadas a entenderse, de hecho la Universidad ofrece hombres y materia de trabajo a los medios, y éstos la destacan en sucesivas informaciones como

ocurre en las Universidades de Verano, más destinadas a consumo periodístico que intelectual propiamente dicho.

Sin embargo, el intelectual parece que está perdiendo la batalla frente a los medios. Esto se debe a una serie de razones: Tras la pérdida de autoridad del marxismo y de las otras ideologías, el intelectual ha perdido en parte su función de persona destinada al pensamiento y también a la crítica contra los sistemas sociales, como ocurrió en mayo del 68, último movimiento donde la intelectualidad ejerce una influencia decisiva. El intelectual se convierte en un burócrata dentro de los partidos políticos o de la Universidad, un funcionario dedicado más a la docencia, a aumentar currículos y a la preservación de los suyos, que al avance del saber y a la crítica social.

Frente a ellos, los medios han creado un nuevo sistema de transmisión de información rápidamente aceptado socialmente, que ha sido también útil para la transmisión de conocimientos. Además el periodista se ha dotado del recurso principal del intelectual —como es la objetividad— en su trabajo y, por tanto, de la credibilidad, que le ha permitido convertirse en el ser que reflexione sobre el mundo que rodea arrinconando el saber teórico y empírico de la Universidad. Este atrincheramiento ha obligado a muchos intelectuales a buscar un hueco en los medios pero sin exportar necesariamente la metodología y el saber universitario sino divulgativo, quedando en cierto modo desarraigado.

Para el profesor Ortega la solución pasa por un respeto mutuo de ambas instituciones; unos medios que transmitan informaciones y una Universidad que aumente la calidad de su labor crítica e investigadora, alejada de cualquier intento de manipulación de la propia Universidad y sus dirigentes administrativos y políticos, y, por supuesto, alejada de las élites políticas y sociales.

El hecho de centrar el problema de la modernidad intelectual en la dualidad que representa saber universitario frente a saber mediático es un acierto de pleno derecho del profesor Ortega. La modernidad pasa necesariamente por la adaptación a la comunicación social. Si anteriormente hablábamos de amplitud de miras en el concepto de intelectual, nos referíamos al papel del artista-intelectual tan propio del siglo XIX donde el pensamiento social y su reflejo se observa en la creación. Los *mass-media* se han hecho dueños de ese espejo y la sociedad se refleja en ellos, no en la creación artística. La definición del artista, la definición del intelectual frente a los *mass-media* es fundamental en el siglo venidero, sin plantear en ningún caso una enemistad manifiesta, ya que, hoy por hoy, artistas e intelectuales dependen en muchas ocasiones de los medios y, siempre, de la comunicación.

El libro de Ortega se nos presenta como un libro de reflexión interesante y oportuno. En la línea de otros libros como *La era neobarroca* de Calabrese o *Apocalípticos e integrados* de Eco (no se puede olvidar cierta formación italiana del autor), intenta descubrir las claves de la modernidad en España. Todo ello con una escritura nunca farragosa y con una gran claridad en la exposición de los argumentos e ideas.

José María Fernández Vázquez.

